

---

## Interpretación e iluminación<sup>1</sup>

*Jean Allouch*

*Traducción: Marcelo Novas*

*Revisión: Beatriz Rama y Mauro Marchese*

“Trabajo para hacerme vidente”, escribe uno.  
“Quien esconde su loco muere sin voz”, dice otro.  
¡Tics, tics y tics! Son preocupaciones de histrión.  
Les responderé, el que no amordaza a su loco vive como payaso.  
F. Ponge<sup>2</sup>

1

Veamos en principio un hecho clínico en sí mismo más bien insignificante, pero operando sobre una determinación que no lo es. Se admite que tal desarrollo no sabría ser más que abusivo sin un apuntalamiento razonado de cada uno de sus pasos.

### **El hecho clínico**

Este se deja construir a partir de un rasgo señalado por Lacan en su paciente, en la monografía de su tesis, puesta en principio bajo el estandarte de la “interpretación retrospectiva”

[...] Ella nos dice, por ejemplo, recordar haber visto sin darse cuenta, primero un dibujo de propaganda antituberculosa, representando un niño amenazado por una espada suspendida sobre él. Fue solamente algunos

---

<sup>1</sup> Artículo publicado en *Littoral*, nº 31/32, París, EPEL, 1991.

<sup>2</sup> F. Ponge *Comment une figure de paroles et pourquoi*, Flammarion, Paris, 1977, p. 100.

---

meses después que ella comprendió (tiene de esto un recuerdo distinto del primer hecho) que ese dibujo apuntaba al destino de su hijo.<sup>3</sup>

Habría habido por lo tanto dos tiempos: el instante de ver una imagen, después, más tarde, la conclusión sobre un sentido atribuido entonces a esa imagen. Esto justifica el calificativo “retrospectivo”; por el contrario, si se considera el concepto de interpretación en su sentido estricto, simbólico, se puede dudar de la pertinencia de su empleo aquí: no se ve, en efecto sobre cuál significante, en el sentido de Lacan, Marguerite se habría basado para forjar, a partir de la imagen que recuerda, el sentido otorgado posteriormente. Nada indica que la imagen mencionada haya sido leída, aunque fuera en un segundo tiempo, como podemos leer un ideograma. No hay aquí trazo alguno de un funcionamiento simbólico del tipo de *rébus* de transferencia.

Entonces no podríamos, hoy día, hablar de interpretación; y Lacan habría tenido aún más razón de la que suponía para sostener que

[...] numerosas interpretaciones son *ilusiones de la memoria*, es decir representan objetivaciones ilusorias, en el pasado, de imágenes donde se expresan, sea la convicción delirante (la casa y el hijo), sean los complejos afectivos que motivan el delirio (conflicto con la hermana, ver infra)<sup>4</sup>

Pero ¿qué pasa con esta imagen en particular? Interrogada, la responsable de la información del Comité nacional contra las enfermedades respiratorias y la tuberculosis, cuyo planteo es totalmente fiable, nos certifica que tal imagen jamás existió, en todo caso ciertamente no en la época que le designamos (entre marzo de 1922 y agosto de 1931, fechas de la eclosión y luego reducción del delirio de Marguerite). ¿Habría Marguerite inventado todo *ex nihilo*?

Esta iluminación, porque así habremos de llamarla, puede ser relacionada con el deceso de una compañera de la infancia de Marguerite, al cabo de algunos años de evolución de

---

<sup>3</sup> Jacques Lacan, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, traducción de Antonio Alatorre, Siglo XXI, México, 2000 (1976), p.196.

<sup>4</sup> Ibid., p. 196, cursivas en el original.

una tuberculosis pulmonar<sup>5</sup>. Ese rasgo representa una primera articulación entre enfermedad pulmonar y muerte del niño. Lacan nota la aparición de los primeros signos de “deficiencia psíquica” en ese momento, en 1909. En cuanto a la incidencia, a más largo plazo, del acontecimiento, nota también que esta muerte inspirará la escritura del *Détracteur*, novela totalmente orientada hacia su final, al sufrimiento de una madre confrontada a la muerte de su hijo.

No obstante, si esas dos referencias dan cuenta en cierta medida de la elección de un sentido otorgado a la imagen inventada, en nada explican su construcción. Entonces, la persona consultada nos enseña que en el período concernido hubo, no una, sino dos campañas antituberculosas, y que se apoyaron en las dos imágenes<sup>6</sup> siguientes:



Figura 1

Aplaste a la tuberculosis  
y salve la infancia



Figura 2

No nos durmamos sobre nuestros laureles. La  
tuberculosis nos amenaza. Hay que vencerla.

<sup>5</sup> Ibid., pp. 202-203.

<sup>6</sup> Agradecemos al Comité nacional contra las enfermedades respiratorias y la tuberculosis el haber puesto a nuestra disposición las dos fotos originales a partir de las cuales los bocetos fueron dibujados.

---

La figura 1 representa un niño amenazado, la figura 2 una espada suspendida. Pero no hay en esta imagen “un niño amenazado por una espada suspendida por encima de él”.

La lucha antituberculosa hizo de sustrato entre el decir de Marguerite y las imágenes encima reproducidas (desafortunadamente sin color); esto indica que Marguerite no habrá creado *ex nihilo* la imagen que ella describía a Lacan. Por el contrario, ella misma las habrá compuesto a partir de esas figuras 1 y 2. Así se explicarían los dos tiempos subrayados por Lacan: no sería hasta después de haber visto la segunda imagen (¿la de la espada suspendida? Eso parece probable si los “laureles” designan los resultados obtenidos por una primera campaña) que Marguerite habría compuesto la suya dándole el sentido de una advertencia, dirigida a ella, sobre el destino de su hijo. *Se trata de una composición, de un verdadero montaje.*

Si lo analizamos tomando como referencia esta segunda imagen (fig.2), se puede decir que la imagen compuesta presenta al niño en el lugar de los laureles. Esto, incluyendo el alcance metafórico de los laureles, mayormente hace entrar en resonancia con la locura de al menos tres, en la cual Marguerite está tomada<sup>7</sup>. Pero hay algo más decisivo. En efecto, esta aparición del niño en lugar de los laureles reclama la supresión de la imagen de la mujer sosteniendo al niño, así como de las serpientes amenazadoras. ¿Por qué razón? En la figura 1, la amenaza viene de abajo; viene de lo alto en la figura 2; ahora, como la mujer, figura 1, lleva al niño hacia lo alto para alejarlo de la amenaza de abajo, si ese gesto de “enviarlo hacia lo alto” se mantuvo más allá de la adición de la espada, es decir de la amenaza de lo alto, cambiaría de valor, tomando un sentido opuesto, la mujer ofreciendo entonces el niño a la amenaza en vez de preservarlo. La imagen compuesta y descrita por Marguerite es entonces similar a esta dibujada aquí debajo (fig.3); no podría haber una pura y simple yuxtaposición de dos imágenes “reales”, sea con o sin la sustitución niño/laureles (fig.4 y fig.5)

---

<sup>7</sup> Cf. J. Allouch, *Marguerite, Lacan la llamaba Aimée*, traducción de Marcelino Perelló, Epee, México, 1995, pp. 397-402 y 440-441.



Figura 3



Figura 4



Figura 5

Con el fin de estudiar esta composición en tanto hecho clínico, notemos la posición de esta imagen en el caso. Para nada aparece aislada; por el contrario, tendría una función organizadora. Es, en todo caso, lo que parecen indicar los dos rasgos siguientes.

-Analizando el delirio de Marguerite<sup>8</sup>, pude subrayar que la erotomanía rechaza el acto, mientras que por el contrario, el delirio de reivindicación empuja al acto. Sin embargo, la imagen erotomaniaca por excelencia es aquella de la mujer llevando al niño, ambos elevando, de cara a las perseguidoras reunidas en masa, con la bandera blanca con flores de lis de la realeza. Desde entonces “las flores de lis”, dicho de otro modo, la mujer y el hijo puestos bajo la protección del príncipe objeto erotomaniaco, “flotan sobre París, lejos de las serpientes que rampan” Detenida, la masa retrocede y lanza a la perseguida una espada “con lustre rebelde”<sup>9</sup>. Así, marquemos que la erotomanía liga en forma diferente los mismos componentes encontrados en la figura 4: la mujer llevando al hijo ( que están en blanco, color de la realeza, tanto en el poema erotomaniaco como en la figura 4), las serpientes rampantes (su amenaza es inminente en la figura 4, más lejana en la erotomanía), la espada (que en la erotomanía cambia de sentido puesto que lejos de

<sup>8</sup> Ibid., cap.11.

<sup>9</sup> J. Lacan, *De la psicosis...* op. cit. p. 177.

amenazar a la mujer y al niño, les sirve para amenazar a aquellos que los amenazan). La imagen erotomaniaca podría ser como ésta:



Figura 6

6

-El segundo indicio de una función organizadora de la imagen compuesta aparece aún más claro. La dificultad esencial del análisis del delirio de Marguerite consistía en ligar el tema de la protección del hijo con el de la condena de una sexualidad femenina puesta bajo la égida de la prostitución. Pude, me parece, resolver este problema, suplementando el delirio con un punto de sistematización por cierto no explicitado, por cierto faltante, pero eficiente: la muerte del niño puesta como escritura de la relación sexual. Entonces, confirma este análisis eso que podemos notar en la figura 1, a saber, que una de las serpientes viene como a tocar a la mujer en un lugar lo más próximo posible de su sexo. Desde ese punto de vista, es de eso que ella aparta al hijo, el acto sexual siendo entonces vivido como algo que afecta la vida del niño. De esta forma nos parece decisivo el hecho de que la ausencia de ligazón entre los dos temas centrales del delirio corresponde a la construcción de la imagen compuesta *en tanto que falta el dibujo de la mujer atacada por la serpiente*.

La composición de la imagen que Marguerite describía a Lacan no es entonces un elemento aislado ni adyacente en la mirada de su problemática delirante; aparece por el contrario comprendida en eso que no dibuja, como un montaje donde vienen a cruzarse

---

las dos problemáticas mayores de su delirio, la que da al delirio su carácter “centrífugo” (como lo anotaba Lacan) y la de la declaración de sexo.

### Interpretación e iluminación

*Si tenemos por adquirida* la distinción lacaniana de real, simbólico e imaginario no podemos de ninguna manera calificar de “interpretación” el hecho clínico que venimos de distinguir. Más aún, la tesis de Lacan nos invita a darle su nombre de *iluminación*.

La iluminación aparece como siendo el régimen mayor, posiblemente único, del establecimiento de la evidencia del sentido (no su certeza) en el delirio de Marguerite. Con ese concepto de iluminación tomamos nota de eso en lo que este delirio se diferencia totalmente de los delirios apoyados sobre un cierto número de juegos propiamente significantes, cuyos ejemplos abundan en los escritos psiquiátricos más clásicos,<sup>10</sup> delirios, para nosotros, ejemplificados en el del presidente Schreber (por ejemplo en el uso contrapersecutorio de significantes como aquellos que Schreber está obligado a implementar contra las palabras de los rayos divinos<sup>11</sup>- esta estrategia juega con la homofonía, dicho de otra manera del significante en el sentido de Lacan). El delirio schreberiano es de *interpretación* en el sentido que él pone en juego una lectura interpretativa dirigida a desactivar la persecución de la letra. *Schreber es un lector, Marguerite una visionaria*. Su locura es aquella de una “iluminada”- término en ocasiones tomado como genérico para designar el loco, ejemplificado en Don Quijote.

7

#### 1. Lacan

En la tesis de Lacan, no faltan las indicaciones que nos invitan a distinguir interpretación e iluminación. Tomando un dicho de Marguerite, Lacan habla del carácter “iluminativo”<sup>12</sup>

---

<sup>10</sup> Nos referimos sobre todo a la obra de Sérieux y Capgras *Las locuras razonantes: El delirio de la interpretación*, Ergon, Madrid, 2008 (1905); así como a los escritos clínicos de Pinel, Kraepelin, Legrand du Saulle, Clérambault, etcétera.

<sup>11</sup> Cf. J. Allouch, *Letra por letra, transcribir, traducir, transliterar*, traducción de Marcelo Pasternac, Nora Pasternac y Silvia Pasternac, Edelp, México, 1995, pp. 200-205.

<sup>12</sup> J. Lacan, *De la psicosis...*, op. cit., p. 149.

---

de la entrada de Pierre Benoit en el delirio, y, también, a propósito de la primera identificación sistemática del delirio, aquella de C. de la N., entonces reconocida como en el origen de todos los problemas que padece Marguerite<sup>13</sup>.

Ciertamente encontramos en la monografía, el término “interpretación”, utilizado para señalar ciertos rasgos del caso. Sin embargo, Lacan precisa de tal forma su alcance que esta “interpretación” termina por ubicarse en la lista de los modos de la iluminación. Por una parte, Lacan niega a esas interpretaciones todo valor razonante, distinguiéndolas así netamente de las interpretaciones que habían informado Sérieux y Capgras<sup>14</sup>. Esto es también coherente con las oposiciones, forjadas en la tesis, entre comprensión e interpretación, delirio y sueño (la “claridad significativa” -otro nombre para la iluminación- del delirio no apela a la interpretación, la oscuridad del sueño la necesita). Lacan va, por otra parte, en el sentido de esta distinción delirio/sueño, a integrar esas “interpretaciones” en “el cortejo de los problemas de la percepción y de la representación<sup>15</sup>” para terminar calificándolas de “pretendidas interpretaciones”<sup>16</sup>. Y ya en ese momento, precisando los caracteres propios de la interpretación delirante en el caso de Marguerite, integró esta “experiencia cautivante” en el cuadro de las iluminaciones<sup>17</sup>. Resumiendo, esas pretendidas interpretaciones revelan menos de una lógica del significante, más de la “imaginación creadora”<sup>18</sup> al punto que esta imaginación cobra todo su alcance significativo al no estar enmarcada en esta lógica. Hay “predominancia de la actividad imaginativa”<sup>19</sup> especialmente por la razón que la locura de Marguerite como fenómeno de conocimiento permanece en el orden de un pensamiento prelógico<sup>20</sup>. Se trata de una estructura de las representaciones mórbidas diferente de la normal<sup>21</sup>. Respecto a esto, Lacan va a proponer el nombre de “formas del

---

<sup>13</sup> Ibid. p. 213.

<sup>14</sup> Sérieux y Capgras, op. cit., y J. Lacan, *De la psicosis...*, op. cit. pp. 192 y 265.

<sup>15</sup> J. Lacan, *De la psicosis...*, op. cit. p. 246.

<sup>16</sup> Ibid., p. 265.

<sup>17</sup> Ibid., p. 192.

<sup>18</sup> Ibid., pp. 264 y 311.

<sup>19</sup> Ibid., p. 221.

<sup>20</sup> Ibid., p. 270.

<sup>21</sup> Ibid., p. 261.



---

pensamiento paranoide”<sup>22</sup>. No se podría ser más claro en relación a la distinción entre interpretación propiamente dicha y las pretendidas interpretaciones que, bajo el título de *iluminaciones, se ubican en este pensamiento prelógico, paranoide. Lacan aún no tiene un nombre para ese modo de pensamiento sin embargo ya recibido por él como cognoscente, pero el asunto es bien interesante y pronto merecerá el nombre de conocimiento paranoico. El conocimiento paranoico es en principio esta forma específica del conocer que Lacan encuentra en la paranoia.*

## 2. Freud

Es bien importante resaltar el juego entre la interpretación y la iluminación en referencia a *El chiste y su relación con lo inconsciente*, texto en el que desde el principio nos topamos con la iluminación. La encontramos en efecto en la pareja “sideración y luz”, que una última traducción al francés lo da como “estupefacción e iluminación”<sup>23</sup>. Precisamente para discutir el alcance de esa pareja conceptual, Freud introduce su desde entonces famoso *famillionario* (además, vale señalar el hecho que la primera conexión que Freud establece entre chiste y síntoma se produce específicamente por una alucinación. Se trata de la que le cuenta Cécilie M. viendo a Breuer y a Freud ahorcados, en esa alucinación que la perseguía. Una interpretación simbólica la redujo definitivamente: Breuer y Freud sucesivamente le habían rehusado un medicamento, por lo que llegó a pensar para sí misma: “esos dos valen lo mismo, uno es lo mismo que el otro”<sup>24</sup>. Pero justamente, en tanto que problemas de percepción, de memoria o aún de creencia, las manifestaciones psicóticas en Marguerite no se dejan reducir así por la interpretación simbólica).

---

<sup>22</sup> Ibid., p. 270.

<sup>23</sup> S. Freud, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, en *Obras completas*, traducción de José Luis Etcheverry, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, Tomo VIII, p. 14.

<sup>24</sup> Ibid., p.10. Esta asociación fue hecha por J.-C. Lavie en su prefacio a esta obra. (*Nota de traducción*: Aquí hay un juego de palabras entre el *pendus*, ‘ahorcados’ del sueño y la frase *Ces deux-là se valent, l’un est bien le pendant de l’autre* que traduje como ‘esos dos valen lo mismo, uno es lo mismo que el otro’. Esta ocurrencia aparece en J. Breuer y S. Freud, *Estudios sobre la histeria*, en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, Tomo II, pp. 193-194).

Freud nos recuerda<sup>25</sup> que, según Lipps, retomando los trabajos de Heymanns, la iluminación funciona en dos tiempos, formando así con la estupefacción una suerte de recorrido en doble bucle.

Así en el chiste *famillonario*:

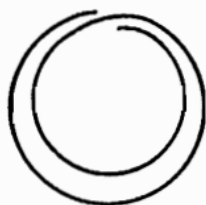
-**estupefacción** (provocada por el carácter fuera de sentido de la palabra escuchada), después

-**iluminación** (claramente hay allí un sentido que inicialmente no capté), después

-**nueva estupefacción** (provocada por el hecho de haber tenido lugar esa secuencia estupefacción/iluminación), después

-**nueva iluminación** (de que todo el asunto sólo tenía que ver con un juego estrictamente simbólico, con un significante que representó el sujeto para otro significante, así “ahorcados” (*pendus*) representando S para “semejantes” (*pendant*)).

estupefacción



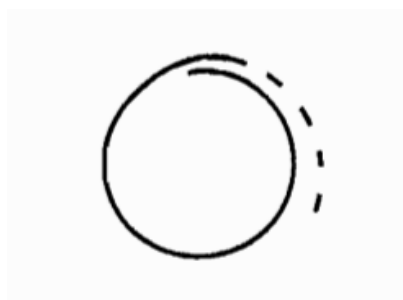
iluminación

Es la palabra misma, dice Freud, la que, en esta segunda iluminación, demuestra haber llevado toda la responsabilidad del asunto. Mas, no hay, en las “pseudo-interpretaciones” de Marguerite, esta segunda iluminación donde se entrevé la incidencia del simbólico como tal. La imagen compuesta ciertamente aparece como una iluminación cuyo sentido se demuestra súbitamente revelado. Pero determinar de qué es la responsabilidad del asunto no es resuelto por una segunda iluminación que no sobreviene. La medida de esa falta está dada por las hesitaciones de Lacan para precisar a qué corresponde esta

<sup>25</sup> Ibid., pp. 18-28.

responsabilidad (¿a una percepción defectuosa, a un error de memoria, a un problema de la creencia, a un defecto de lógica?). En Marguerite sólo encontramos entonces una parte de la doble secuencia. Es la que se dejaría escribir:

estupefacción



iluminación

Esto apoya la tesis aquí presentada, la de hacer una distinción neta entre interpretación e iluminación. De esta nitidez, la lectura de Léo Strauss nos aportará una confirmación.

11

### 3. Léo Strauss

Introduciremos lo que este autor puede aportar a nuestra problematización de la iluminación por una nota personal. Escribiendo la cuarta parte de *Lettre pour Lettre*, titulada “función persecutoria de la letra”, no pude más que dirigirme al célebre artículo de Léo Strauss “La persecución y el arte de escribir”. Ahora bien, no había allí la menor traza, en ese texto de título prometedor para mí, de una confirmación de eso que yo adelantaba sobre el carácter persecutorio de la literalidad como tal, como trans, como transliteral. Sin embargo no fue sino luego de haber estudiado el caso de Marguerite que pude darme cuenta hasta qué punto me había equivocado en vivirlo como una decepción. De hecho, esta decepción estaba motivada, pero no sabía cómo sacar provecho de esta calamidad.

En ese texto, Strauss habla de “leer entre líneas”. Esto no encajaba con lo que yo marcaba en cuanto al estatuto del cifrado, a saber, un leer precisamente *no entre* líneas, sino más simplemente, *las* líneas. Léo Strauss concebía su leer entre líneas en situación, la de un

escritor soportando una sostenida presión ortodoxa (caso de los países totalitarios o bajo yugo inquisitorial, pero también la de los psicoanalistas por poco que hayan hecho saber). Según Strauss, tal escritor, él mismo en desacuerdo total con la ortodoxia, no puede esperar hacerse escuchar más que dirigiéndose a dos públicos simultáneamente: el público ortodoxo (particularmente representados por los organismos de censura), que no debe encontrar nada para condenar en el texto y un público susceptible de estar en sintonía, capaz de captar lo que el autor escribe, “de hecho”, algo diferente que eso que parece haber escrito a primera vista. Ahora bien, si un texto así, doblemente dirigido era portador de un criterio propiamente simbólico, permitiendo distinguir sin dudar del decir “efectivo” del autor de sus enunciados manifiestos y ortodoxos que esconden al otro decir, el de un criterio definitivamente decisivo (tal el desciframiento de Champollion barriendo totalmente todas las lecturas “iluminadas” de los jeroglíficos), todo el mundo captaría de qué se trata, y el autor quizá sería pura y simplemente condenado. El texto debe ciertamente incluir indicaciones que marquen, a los ojos advertidos de algunos, que conviene leerlo entre líneas, de buscar eso que dice efectivamente bajo la cubierta de eso que hace apariencia de decir, pero *ese mismo criterio* (que en esto no es determinante) *debe permanecer incierto*. El autor debe, en efecto, guardar la posibilidad de responder al censor que habría sentido pasar un tufillo extraño en su texto: “¡De ninguna manera, además Ud. no tiene prueba alguna de eso!”; mientras que, por otra parte, su lector “real” debe poder estar seguro que él lee bien eso que el autor quiso decir. Dada la primera exigencia, la segunda no puede nunca ser clara y precisa. Dicho de otro modo, esta escritura bajo persecución política o ideológica *debe negarse* el uso de un criterio propiamente simbólico; su régimen es, debe permanecer, como aquél que aislamos como característico de la iluminación en tanto que distinta de la interpretación (así como en Lacan, el signo se diferencia del significante<sup>26</sup>).

<sup>26</sup> Esto aclara singularmente la frase de Lacan puesta en exergo de *Letra por letra* donde se admitirá, leyendo el presente estudio, su carácter temprano: “Desde que, bajo el pretexto que definí el significante como nadie osó hacerlo, ¡no se imaginen que el signo no sea asunto mío! Por el contrario, es el primero y será también el último. Pero había que hacer este desvío” (J. Lacan, *Psicoanálisis, radiofonía, televisión*, traducción de Oscar Masotta y Orlando Gimeno-Grendi, Anagrama, Barcelona, 1977, p. 24). “El primero” leemos: la iluminación; “la última”, leemos, como se puede esperar, más una pregunta que una afirmación: ¿qué saber de R.S.I. será posible desde que ese ternario no sabría sin mayor inconsecuencia ser abordado solo por el simbólico? ¿El ejercicio nodológico – cuya pregunta fue para mí

Marguerite ve, en la campaña antituberculosa que se extiende ante sus ojos, el acto solapado de algunos buscando informarle del peligro que pesa sobre su hijo. El escritor straussiano se encuentra en una posición idéntica a aquella de los perseguidores de Marguerite. Él escribe en vista de provocar en algunos de sus lectores esta iluminación en la que sabrán leer otra cosa que lo que manifiestamente está escrito.

El análisis de Léo Strauss nos importa por esta razón por la que demuestra el carácter necesario de la distinción iluminación/interpretación argumentando que la iluminación, en ocasiones, debe evitar todo trazo simbólico ya que, decisivamente, haría inclinar la lectura en un sentido más que en otro. Habíamos visto que descriptivamente, los dos conceptos se distinguían. Léo Strauss nos enseña que por lo menos en ciertos casos, esta distinción se impone prescriptivamente.

No es menos destacable que este tipo peculiar de literatura, en la cual la verdad sobre todas las preguntas cruciales se presenta *exclusivamente* [subrayo] entre líneas<sup>27</sup> responde de una manera bien particular a una persecución. Ya no es aquí la letra como tal quién persigue, sino que por el contrario, es su ausencia la que imposibilita adherírsele como un recurso.

13

---

una adquisición de ese coloquio que me permitió formularla- tendría el estatuto de un conocimiento paranoico de R.S.I.?

NOTA POSTERIOR: No fue sino después de haber completado la escritura de esta intervención que me fue señalada por Marie-Magdeleine Chatel la intervención de Lacan conclusiva de las jornadas de noviembre de 1975 de la EFP. He aquí una parte de esta intervención: *“El soporte de lo imaginario, del simbólico y del real, el nudo borromeo entre nosotros, es algo que abordamos del hecho que el conocimiento paranoico existe. Mi teoría, como allí debía esperarse, del funcionamiento del discurso analítico es de este orden, y es justamente en lo que tengo necesidad ahora de dar su propia consistencia al síntoma [...]”* (Lettres de l’ecole, n° 24, julio de 1978, p. 249). ¡Esto era haber dicho, doce años antes, eso que concluía yo en nuestro coloquio y que se me aparecía novedoso! ¿Entonces? ¿Criptomnesia? No nos damos bien cuenta. Una palabra no sabría solamente hacernos desatender que habiendo oído a Lacan en 1975, estaría fuera de la posibilidad de hacer caso, mientras que me encontraba haciendo caso sin saberlo en el instante mismo donde la creyese mía (si tal posesivo tiene el menor sentido). El levantamiento de la criptomnesia sin embargo no es sin consecuencias, en tanto ella permite localizar la conjetura según la cual el conocimiento paranoico de R.S.I. sería con exclusión del sinthome, que el sinthome dicho de otra forma, tendría el valor de un recurso contra (allí comprendido en el sentido de: todos contra) el conocimiento paranoico. Apreciaremos también que hay en ese texto de Lacan, una recusación explícita del carácter decisivo del discurso analítico, aquí totalmente absorbido en el conocimiento paranoico.

<sup>27</sup> Cf. Léo Strauss, *La persecución y el arte de escribir*, traducción de Amelia Aguado, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2009, p. 33.

---

Así, nos parece que la iluminación debe ser tomada en cuenta en tanto tal. Limitémonos a algunas indicaciones suplementarias susceptibles de ayudarnos a precisar su estatuto.

## Iluminaciones: puntos de referencia

### 1. Rimbaud

En lo que le concierne, ¿nada mejor que reenviar al artículo de M. Claude Zissman, en este mismo número de la *Revue du Littoral*, especialmente a eso que subraya concerniente a los juegos justamente llamados “semánticos”, pero también a eso que Zissman nos dice de una poética tan particular y de su abandono?

Tal abandono marca, tanto como pueda hacerlo, el carácter de acontecimiento de la iluminación<sup>28</sup>. La iluminación es una ruptura repentina, un cruce donde sin duda un sujeto accede a un cierto saber que recibe como verdadero, *pero de una verdad en espera de su prueba*. Sin ese suspenso de la prueba en la iluminación, ¿cómo concebir que se pudiese, como se ve a veces, separar como no válido el saber de la deslumbrante verdad? Aquí Rimbaud radicaliza las cosas, él, que debía no solamente separar tal y cual iluminación sino renunciar al estilo mismo que impone la iluminación, dicho de otra manera, ¿recomendándonos volver a propósito de eso que Lacan pudo decir del estilo, a su objeto? Así, el abandono rimbaudiano de la iluminación puede evocarnos otro abandono, el de la iluminación de los anagramas en Saussure.

Portadora de un saber verdadero, pero en falta de su certeza, la iluminación interviene también en el discurso científico, particularmente allí donde éste inventa. En la iluminación, el sujeto cree poseer la clave. En ese sentido, apenas nos sorprenderemos de ver a Lacan, en su tesis, decirse a sí mismo, de una manera similar de la de su paciente, habitado por tal o tal iluminación<sup>29</sup>- y esto da un alcance diferente a lo que pudimos leer

---

<sup>28</sup> M. Piersens, « La tour de babil », en *Recherches* n° 16, CERFI, 1974.

<sup>29</sup> Cf. J. Lacan, *De la psicosis...* op. cit. p. 237). Poniendo en relación los diferentes temas del delirio de Marguerite y las variaciones gramaticales del paradigma freudiano: “Yo lo amo”, Lacan escribe que esas variaciones “explican de manera *luminosa* [subrayo] la estructura del delirio”.

---

en esa referencia al Siglo de las Luces que aparece en la contratapa de los *Escritos* (varias páginas de la tesis están dedicadas a Rousseau).

## 2. Saussure

Demos sin más los dos textos, inaugurales y conclusivos, retomados del estudio de Piersens. Ante todo la iluminación:

[...] puedo anunciarles que ahora tengo totalmente la victoria. Pasé dos meses interrogando el monstruo, y sin actuar más que a tientas contra él, pero luego de tres días ya no marchó más que con artillería pesada... Todo el fenómeno de la aliteración (así como el de las rimas), que observábamos en los Saturninos, no es más que una insignificante parte de un fenómeno más general, o más bien *absolutamente total* (subrayado F.S.).

15

Y he aquí la razón de su abandono:

Cuando un paragrama aparece, parece que eso sea la luz. Y cuando vemos que podemos adjuntar un segundo, un tercero, un cuarto, es cuando lejos de sentirnos aliviados de todas las dudas, comenzamos a no tener más la misma confianza absoluta en el primero: porque llegamos a preguntarnos si no podríamos encontrar en definitiva todas las palabras posibles en cada texto...

### 3. Sakharov

¡Qué cosa extraña el estatuto de la K.G.B. tal como podemos aprehenderlo leyendo las *Mémoires* de Sakharov!<sup>30</sup> Aproximémonos allí desde algunos rasgos típicos de la clase de persecución sufrida por Sakharov.

– Un día<sup>31</sup>, en una escalera, Sakharov se cruza al mariscal Nedeline, quien había dirigido, militarmente, las operaciones de la primer explosión termonuclear soviética de la cual Sakharov había sido el técnico superior. Esta explosión había producido muertes, ese fue el giro decisivo del itinerario de Sakharov, aquel a partir del cual él iba a hundirse en la autopunición por el resto de sus días, línea sobre la cual la querida Elena Bonner habría insistido a más no poder como vimos, un imprevisible y ciertamente no buscado común acuerdo ¡Soljenitsyne y... la K.G.B.!<sup>32</sup> Sakharov entonces se pregunta: ¿Nedeline no lo reconoció o hizo como que no le conocía? ¿Le significaba así Nedeline que él, Sakharov, no era más miembro del *establishment*? Pero lo importante aquí es que Sakharov *no sabe* responder a las preguntas que se plantea, y es esta ausencia de un sentido para darle a este acontecimiento de no saludo, por lo que se mantiene el enigma como tal y que cobra así una función persecutoria.

– La historia se aclara si nos dirigimos a un encuentro precedente con Nedeline, durante el brindis donde se felicitaban del éxito de la explosión: ya mareado por las consecuencias de sus actos, Sakharov osa declarar delante de todos su pacifismo, y Nedeline le replica, pero *mediante una parábola*, que él no tiene más que hacer su trabajo y dejar a los militares y políticos hacer el de ellos. Incluso si la parábola parece vehiculizar un sentido

<sup>30</sup> Andreï Sakharov, *Mémoires*, Seuil, Paris, 1990. (Nota de traducción: hay traducción al español, A. Sakharov, *Memorias*, Círculo de lectores, Barcelona, 1992. Hemos optado por traducir los textos utilizados por J. Allouch de la traducción por él utilizada).

<sup>31</sup> Ibid., pp. 221-222.

<sup>32</sup> Citemos: “Y todo el tiempo un sentimiento de culpabilidad (en mí como en Lioussia) [Elena Bonner]” (A. Sakharov, *Mémoires*, op. cit., p. 735). y aún, (se trata de la actitud de Sakharov frente a la vigilancia de la K.G.B): “Adopté una actitud muy pasiva [...] Me es infinitamente doloroso hoy volver sobre esta actitud” (p. 699); o más (a propósito de un error gigantesco donde Sakharov le hace el juego a la K.G.B.): “Como se dice, Dios priva de razón a aquellos que él quiere castigar” (p.634). Finalmente, más explícito todavía: “Es difícil de expresar hasta qué punto todo aquello me aplastaba y me hacía sufrir. Desafortunadamente, en esta posición dolorosa, elegía muy seguido la solución más simple y más mala [...]” (p. 599).



---

bastante claro (aquel que recién dije), permanece a diferencia del rebús, ofreciéndose a la glosa indefinida, dejando así lugar al suspenso del sentido que indica la pregunta: “¿Es eso lo que quisimos decir?” Como si quien habla en parábolas lanzase un desafío en dirección al destinatario, una “glosa siempre me interesas, porque te persigo en tu misma glosa”.

– Mismo contraste en el enigma de numerosas ocurrencias de las *Mémoires*. Un día, convocado por Trapeznikov, responsable del sector científico del comité central del PCUS, Sakharov sale de la entrevista sin llegar a determinar lo que había motivado esa entrevista<sup>33</sup>. Mucho tiempo después, escribiendo sus memorias, declara no saberlo aún. En otra ocasión Andropov, entonces presidente de la K.G.B., hace saber por un intermediario a Sakharov que él deseaba que el sabio le telefonease. ¡Pero Andropov no responde él mismo a ninguna llamada! Entonces su secretaria le dice a Sakharov que no es necesario llamar más, que el camarada Andropov mismo lo contactará, lo que, por supuesto, jamás ocurre. “¿Qué es lo que pasa?” se pregunta Sakharov. De nuevo, suspenso del sentido. Otra vez, durante la guerra del Kippour, tomada una posición pública no francamente pro-palestina, Sakharov recibe la visita de dos individuos que se presentan como militantes de Setiembre Negro. Ellos le piden que se declare públicamente incompetente sobre los problemas del Oriente Próximo. Ante su negativa, llegaron las amenazas. A propósito de este acontecimiento, Sakharov escribe:

[...] lo más terrible en esa visita, fueron sus amenazas contra los hijos y nuestro nieto. [De esta observación se deriva la interrogación que se leerá inmediatamente después, llamada por otra iluminación, aquella que ya había designado a la K.G.B. como perseguidora de los hijos de Sakharov.] Aparentemente se trataba de palestinos, posiblemente pertenecientes sí a Setiembre Negro. Pero era probable que ellos hubieran actuado bajo el estricto control, incluso la iniciativa, de la K.G.B., *sabiéndolo o no* [subrayo] (tenían miedo de algo todo el tiempo).<sup>34</sup>

<sup>33</sup> A. Sakharov, *Mémoires*, op. cit., pp. 341-343.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 452-454.

Se podrían multiplicar los ejemplos<sup>35</sup>, donde se marca la incidencia de ese suspenso de la prueba en la iluminación. La iluminación es en falta de prueba, ella llama a la prueba; y el no arribo de la prueba hace a la especificidad de su modo de persecución.

Curiosamente, quien se encuentra tocado de una iluminación sin prueba se encuentra a sí mismo parecido a la K.G.B.: acusa sin pruebas. La prueba, cuando se la busca, se la encuentra siempre; *eso no es el problema*<sup>36</sup>; es decir que la prueba no existe<sup>37</sup>. Así la experiencia sakharoviana de la K.G.B. nos señala que la K.G.B. no afirma (no se trata de “la aserción paranoica” -título del primer número doble de *Littoral*<sup>38</sup>), *pone en escena*:

– apareciendo bajo otros rasgos que los suyos (periodista extranjero que parece ser un seudónimo detrás del que se esconde la K.G.B., historiador universitario reconocido, pero posiblemente a sueldo de la K.G.B.),

– concediendo un privilegio para mejor trampearlo (¿pero es realmente él?),

– haciendo una cosa para sugerir otra (así una pesquisa puede valer no por lo que la K.G.B. espera, encontrar documentos, sino como advertencia),

– hablando un lenguaje *mal* codificado, hecho aquí para “enredar, complicar, sorprender y llevar a discutir”<sup>39</sup>. La K.G.B., escribe justamente Sakharov, “gusta de este ‘lenguaje de los signos’”<sup>40</sup>, que es ese de las posibilidades (para un buen número de acontecimientos, no sabemos nunca si se trata de algo anodino o bien de la mano de la K.G.B.) y de lo arbitrario,

– tratándose “siempre entre bambalinas”<sup>41</sup> (cuando Sakharov habla del “juego” de la K.G.B., ese término se debe escuchar en sentido teatral).

<sup>35</sup> Citemos, entre otras, las cinco versiones que Sakharov construye a propósito de la muerte de Evgueni Brounov (p. 513 - 515), hecho que él persiste en no saber, incluso cuando la acción de la K.G.B. parece tener un sentido claramente articulable (cf. p. 561), y los miles de incidentes menores a propósito de los cuales Sakharov no sabrá *nunca* si él allí debe o no leer la obra de la K.G.B. (neumático reventado, observación de una pasante, falta de asientos en un compartimento del ferrocarril, etcétera).

<sup>36</sup> Citamos el dicho de la época estalinista: “siempre que haya un acusado, el jefe de acusación siempre lo encontrará” (A. Sakharov, *Mémoires*, op. cit., p. 382).

<sup>37</sup> “¿Cuáles son las pruebas? ¿Cuál habría sido el propósito? Habría que decir francamente que no hay respuestas definitivas [notar el plural] a esas dos preguntas” (Ibid. p. 521).

<sup>38</sup> *Littoral* 3/4, “L’assertitude paranoïaque”, Erès, Toulouse, 1982.

<sup>39</sup> A. Sakharov, *Mémoires*, op.cit., p. 430.

<sup>40</sup> Ibid., p. 485.

<sup>41</sup> A. Sakharov, *Mémoires*, op. cit., p. 629.

---

La K.G.B. se mantiene incomprensible<sup>42</sup> y semejante a aquellos que persigue<sup>43</sup>. El punto de incomprensibilidad es importante, Sakharov lo presenta como absolutamente general:

Desafortunadamente, nadie comprende que la K.G.B. se permite jugar con nosotros [...]. Todos esos juegos apuntan a ciertos objetivos que nosotros no siempre comprendemos (o más bien casi nunca). Ahora bien, los disidentes, con sus recelos (y negándose a creer en nuestra apreciación de la situación), muy a menudo aportan agua al molino de la K.G.B.<sup>44</sup>

Sakharov testimonió suficientemente haber jugado el juego de la K.G.B. como para que pudiésemos contarle en el número de esos disidentes que no han cesado de aportar agua al molino de la K.G.B. Como aquella campaña antituberculosa para Marguerite, la K.G.B., con sus juegos, sus signos, le proporciona materiales para las iluminaciones sobre las cuales él establecerá su conducta, aunque persista en dudar de sus sentidos algunos materiales son también provistos por él a la K.G.B. y particularmente por medio de actos fallidos. La K.G.B. de esta forma se revela designando en Sakharov, un lugar no subjetivado sino en espera de su subjetivación. Más de una vez, Sakharov se encuentra en la posición descrita por Léo Strauss, la de tener que escribir esquelas de doble lectura, una destinada a la K.G.B., la otra, por ejemplo, a sus hijos, lectura a propósito de la cual él no puede dejar de preguntarse si estos van, o no, a equivocarse<sup>45</sup>. Así Sakharov, por un deslizamiento preparado, vendrá a ser acusado de “K.G.B. maníaco<sup>46</sup>”.

Con otros (Marguerite, Saussure, Rimbaud, pero nada impide igualmente evocar a Brisset, Wolfson, Roussel, así como lo hace Piersens), Sakharov nos permite circunscribir un poco más la especificidad de la iluminación. Imagen repentinamente aparecida con una claridad significativa, la iluminación sería portadora de un saber que ciertos hechos

---

<sup>42</sup> Ibid., p. 677.

<sup>43</sup> Elena Bonner lo aprende a la fuerza cuando contestando frontalmente a un alto agente de la K.G.B., a propósito de las mentiras publicadas en los *Izvestia* sobre Sakharov, ella se encuentra respondiendo: “pero Elena Gueorguievna, eso no está escrito por gente como uds. y yo” (Ibid., p. 686).

<sup>44</sup> Ibid., p. 677.

<sup>45</sup> A. Sakharov, *Mémoires*, op. cit., p. 671.

<sup>46</sup> Ibid., p. 700.

---

inmediatos evidencian al punto de aparecer a veces como siendo ellos mismos la clave, pero no menos en espera de su certeza; el estatuto de ese saber permanece en lo enigmático, porque si bien hay suposición de un sentido atribuido a ese saber, ese sentido nunca es puramente un sentido más que cuando ese saber es puro saber de que hay algo que saber, sin que sea jamás posible precisar qué. Tal sería la lección recibida de Sakharov. Ese suspenso, que constituye una modalidad persecutoria específica, aparece como un dato esencial de la iluminación.

La distinción de la iluminación y de la interpretación simbólica debería poder permitirnos volver hacia el estudio de la función de la iluminación en el chiste. Ese no es el objetivo del presente trabajo que se presenta más como un “para introducir la iluminación”. También, en cuanto a la cuestión de la función de la iluminación en los diferentes tipos de chistes, especialmente en los juegos de ingenio del pensamiento, los *Gedankenwitze*<sup>47</sup>, que Freud distingue, desde el comienzo de su libro, de los *Wortwitze*, los juegos de palabras estrictamente hablando, nos limitaremos a un solo caso.

En esos tiempos, cuando se construía el muro de Berlín, Krushev venía de decidir retomar los ensayos nucleares interrumpidos. El 10 de julio de 1961, convoca todas las personas concernidas, por tanto, a Sakharov. Este, contra la opinión de todos, declara que este reanudamiento no aportaría gran cosa. Respuesta oral de Krushev: Sakharov tiene muchas ilusiones, no conoce la política como tal. A modo de respuesta, Sakharov escribe inmediatamente una pequeña esquela que hace pasar discretamente a Krushev. Sugiere allí que este reanudar los ensayos nucleares traería perjuicios a las negociaciones sobre su abandono. Viene entonces la hora del banquete con todos los miembros de la presidencia del Comité Central, y Krushev, como es de uso, va a proponer un brindis. Pero no, dejando su copa, él saca de su bolsillo la esquela de Sakharov y dice:

Sakharov escribe que nosotros no tenemos necesidad de efectuar ensayos nucleares. [...] ¿Sakharov podría demostrarnos que con menos ensayos

---

<sup>47</sup> S. Freud, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, en Obras completas, traducción de José Luis Etcheverry, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, Tomo VIII, p. 18.

---

nucleares nosotros sabemos más que los americanos? ¿Ellos son más tontos que nosotros<sup>48</sup>?

Se trata de un llamado al orden estratégico paranoico de la disuasión, que supone necesariamente que el otro razone exactamente como uno y uno como el otro. Krushev tiene razón en declarar públicamente que el iluminado Sakharov, con su idea de un gobierno mundial, no entiende un comino, como su esquila lo demuestra. Sin embargo, el problema no está exactamente en este desconocimiento, sino más bien en que Sakharov, por este desconocimiento mismo, franquea el paso, que de simple técnico lo hará un hombre político, cual Galileo arriesgándose sobre el terreno de la teología.

Es el postulado democrático como tal el que es aquí violentamente negado por Krushev. El amo del Kremlin prosigue entonces así: “*Pero Sakharov va más lejos, pasa de la técnica a la política. Allí se mete en lo que no le concierne. Se puede ser un buen sabio y no comprender nada de los asuntos políticos.*” Krushev se pone a hablar por medio de parábolas, como la K.G.B. Veámoslo:

Porque la política, es como en esta vieja historia divertida. Hay dos judíos que viajan en un tren. Uno le pregunta al otro: Dime ¿dónde vas? A Jitomir. Ah qué astuto se dice el primer judío, yo sé verdaderamente que él va a Jitomir, pero él dice eso para que yo crea que va a Jmérinda.

Se trata del mismo *Gedankenwitz* citado por Freud, muchas veces retomado por Lacan. Solamente que en ese contexto, para Sakharov y sus lectores pro-disidencia, no hay nada particularmente divertido. ¡Incluso es bastante desagradable! El chiste devino, al mismo tiempo que una definición de la política como tal, una cachetada, incluso una amenaza. Es para notar que la manera krusheviana es aquí muy fuerte puesto que hablando por parábolas obliga a Sakharov a leer entre líneas, dicho de otra forma, a dar prueba de ese espíritu político que le falta cruelmente. ¿Sakharov habrá sido así esclarecido, es decir iluminado? Toda la continuación muestra que no, que él no habrá podido nunca pensar el

---

<sup>48</sup> Sakharov, *Mémoires*, op.cit., pp. 243-246.

---

orden político mundial como todo el mundo lo hacía, es decir, en el marco de la teoría de la disuasión (la disidencia, en la cual su mujer lo sume, no es un problema de orden político).

Este *Gedankenwitz* (que puede ser traducido, el chiste no se puede traducir) no hizo reír a Sakharov, ni a sus lectores simpatizantes cuando él se los comentó. Igualmente, en general, un chiste dicho por el analizante en sesión no produce risa en el analista. ¿Qué decir? ¿Se podría decir que una profundización en el chiste nos conduciría a definir las condiciones de la risa hasta entonces mal identificadas?

### Ubicaciones de la libido

Lo que atrapó a Lacan de Freud se puede delimitar, en el plano doctrinal, siendo la segunda tópica freudiana (en tanto que explicativa de la autopunición) y, en el plano clínico, siendo eso que Freud testimoniaba en sus casos publicados, a saber, una práctica inédita conectada con la literalidad del síntoma y, por lo tanto, con la singularidad del caso.

Lacan, en 1932, recurre a la segunda tópica por la razón de que ella se basa en lo que llamaré un *unitarismo libidinal*, en el hecho, establecido por Freud, de que hay una sola libido, aquella llamada fálica.

La innovación de Freud nos parece capital porque ella aporta en psicología una noción *energética* [subrayado J. L.] que sirve de *común medida* [yo subrayo] a fenómenos muy diversos. Es la libido<sup>49</sup> [...]

Cuanto más se sostenga esta tesis energética unitarista, más viva se presentará la cuestión de saber cómo circunscribir las modalidades de las ubicaciones -necesariamente recibidas en sus diversidades- de la libido. La escritura de pequeños esquemas, la definición de instancias, la de las fases, la clasificación de las pulsiones, el

---

<sup>49</sup> J. Lacan, *De la psicosis...*, op. cit. p. 232.

---

relevamiento de los mecanismos de defensa, y muchas otras cosas aún apuntan a responder esta cuestión.

¿Qué es lo que regula esas ubicaciones? La doxa lacaniana dice aún hoy y como con un ¡hurra! de victoria: “es el significante”. Es cierto. Pero no es tan simple. He aquí un texto del 30 de noviembre de 1955 donde Lacan, mucho tiempo después de haberlo introducido, sitúa el conocimiento paranoico.

Esta base de rivalidad [del conocimiento paranoico], esta base competitiva en el fundamento del objeto, es lo que está precisamente superado en la palabra en tanto ella interesa a un tercero. La palabra es siempre pacto, acuerdo: se conviene en algo a propósito de esta rivalidad y competencia, se está de acuerdo, “esto es mío, esto es tuyo”, “esto es esto, esto es aquello”.

Pero si, como la estenotipista (sugerencia omitida por la transcripción Miller), se inscribe una coma haciendo corte entre “la palabra” y “en tanto ella interesa a un tercero”, cambia el sentido, puesto que parece indicar que una palabra podría necesariamente interesar a un tercero. Ahora bien, esto está excluido, la continuación lo afirma claramente:

Lo que resta es que la condición agresiva de esta competencia primitiva que continúa dejando su marca en todo tipo de discurso sobre el otro, sobre el Otro en tanto tercero, sobre el objeto.<sup>50</sup>

En el lugar de “lo que resta”, la transcripción Miller escribe “pero”. Evidentemente no es el mismo sentido. En efecto, se debe diferenciar la afirmación de que hay un resto (que la palabra sólo parcialmente supera la “base competitiva” del conocimiento) y la afirmación, implicada por el “pero”, aquella según la cual hay una restricción a eso que fue dicho, es decir algo que es contrario, que lo objeta, afirmación que no supone en nada que una tal objeción no sea reductible. En esta diferencia es exactamente donde se distinguen interpretación e iluminación.

---

<sup>50</sup> J. Lacan, *Las psicosis*, sesión del seminario del 30 de noviembre de 1955, aquí citado en la versión de la estenotipia.

---

Ya en la tesis de Lacan, se oponía el conocimiento verdadero a esta modalidad inédita del conocimiento propio de la psicosis paranoica. También se encuentra una polaridad muy próxima de ésta cuando Lacan, poco antes de proferir el texto arriba citado, usa el concepto de un “lenguaje del yo”<sup>51</sup> (observamos que él ofrece entonces *iluminación intuitiva* como primera tipificación de este lenguaje, así diferenciado del inconsciente “estructurado como un lenguaje”). Igualmente, más tarde, la polaridad del sujeto del significante y el sujeto del goce,<sup>52</sup> viene de por sí a confirmar que hay que hacer valer una diferenciación. Finalmente, es el caso del texto que es probablemente el último en el que Lacan habla del conocimiento paranoico, la conferencia del 2 de diciembre de 1975 en el MIT. Allí en efecto opone, el síntoma como dimensión propiamente humana al conocimiento de Dios, de orden paranoico<sup>53</sup>.

Hay una subjetivación de un tenor diferente a la que implica la definición canónica del significante y esto, Lacan varias veces lo afirmó. ¿Esta otra subjetivación es enteramente reabsorbible por el significante? No. ¿Solamente se sitúa en el nivel del objeto parcial, ya sea en la fantasía, en el delirio o en el fetiche? De nuevo, no. Se habrá notado que en el último texto que acaba de citarse, a propósito de la incidencia de lo competitivo, Lacan ciertamente menciona al otro, ciertamente al objeto, *pero también*, y de una manera muy sorprendente para la ortodoxia lacaniana, *al gran Otro*. Así se identifica un lugar donde viene a inscribirse la iluminación en tanto que esencialmente diferenciada de la interpretación. No solamente ellas se dejan diferenciar y entonces deben serlo, sino que más aún, debemos admitir que esta diferenciación es necesaria para la definición tanto de una como de la otra. De nuevo nos lo indica el texto de 1966, titulado “De nuestros antecedentes”, el que en su construcción, da cuenta de la solidaridad conceptual que une interpretación e iluminación. Lacan allí manifiesta que en sí se aísla el conocimiento

---

<sup>51</sup> J. Lacan, “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis” en *Escritos I*, traducción de Tomás Segovia, Siglo XXI, México, 1984, p. 411.

<sup>52</sup> J. Lacan, “Presentación de la traducción de Memorias de un enfermo nervioso”, en *Intervenciones y textos 2*, traducción de Julieta Sucre, Manantial, Buenos Aires, 1988.

<sup>53</sup> J. Lacan, *Conferencias y charlas en universidades norteamericanas*, 1975, Traducción y notas Ricardo E. Rodríguez Ponte, p. 61. Disponible en: <https://www.lacanerafreudiana.com.ar/2.5.1.26%20%20%20%20CONFERENCIAS%20Y%20CHARLAS%20EN%20UNIVERSIDADES%20NORTEAMERICANAS.%201975.pdf>



---

paranoico para mantener firme la línea de la “fidelidad a la envoltura formal del síntoma”.<sup>54</sup>

Leer Lacan de una punta a otra de su recorrido (tanto como hoy se podría hacerlo), nos permitirá tal vez, darnos cuenta que hay en él suficientes indicaciones para que dejemos de esperar en vano poder tratar a la iluminación reduciéndola a supuestos componentes estrictamente simbólicos. Entonces esto converge con una forma de practicar el análisis sobre la cual es importante interrogarse. La práctica de Lacan “argumenta” –la cosa no estaba ausente del análisis antes de él, lejos de eso– no solamente que es el analizante quien interpreta, sino y sobre todo, que es él quien también más menudo está iluminado. ¿Iluminado por qué? Por eso que le presenta su analista, por su juego, del que el analizante supone, o duda, o afirma, que le está dirigido para significarle algo. ¿Qué? El analizante lo sabe o cree saberlo, o adivinarlo, o busca determinarlo. Hay, y devenida notoria con Lacan, una dimensión de payasada del analista, que otorga al analista, a su dirección de la cura, un estatuto próximo de... aquello de la K.G.B. para un Sakharov. Un buen número de los *132 bons mots avec Lacan*<sup>55</sup> se presentan sobre un registro que no es aquel del chiste sino el de la iluminación. ¿Acaso Ponge no nos indicó, en el texto aquí elegido como exergo, que negarse a amordazar su locura (uno mismo en tanto tal, el otro también) hace vivir en la payasada?

Las ubicaciones de la libido se mostrarían entonces comprendidas en dos tipos: una parte de ellas está regulada por el significante, mientras que otra parte funciona a la manera de la iluminación.

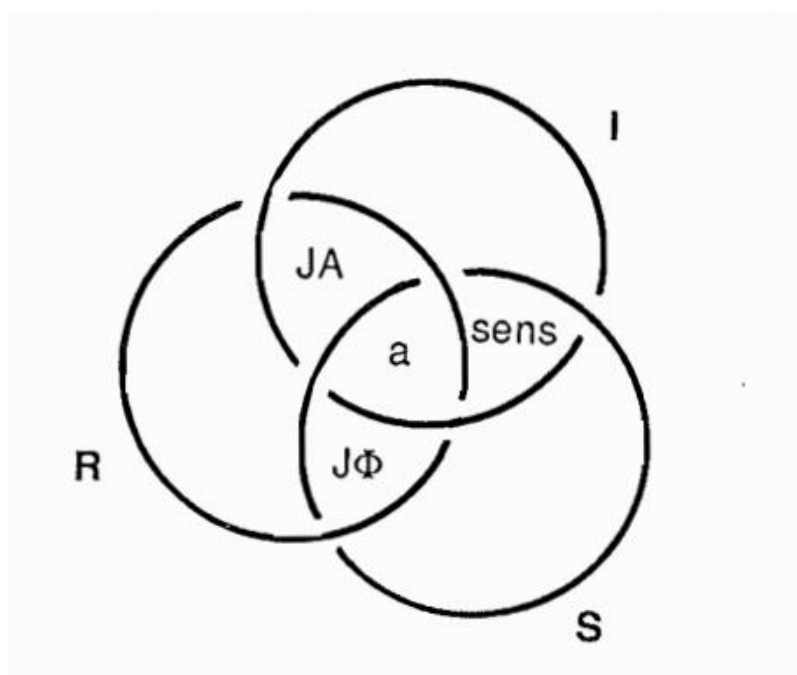
¿Pero nos sorprenderemos al encontrar un binomio en una doctrina como la de Lacan, fundamentalmente ternaria? Por el contrario, estamos en presencia de un caso notable donde esta ternaridad en tanto tal, es decir, reconocida por el anudamiento borromeo de R.S.I., confirma engendrar un binomio sin que ese binomio venga a recusar su validez.

---

<sup>54</sup> J. Lacan, *Escritos I*, op. cit., p. 60. Un cierto recibimiento entusiasta y aliviado, que algunos reservaron a esta exposición, me obligó a precisar aquí que esta misma lógica, ahora me doy cuenta, regula mi propio recorrido desde *Letra por letra*, hasta la presente exposición: es por haber ajustado una muesca suplementaria al estatuto de lo literal que hoy fui llevado a presentar la iluminación. Lejos de oponerse, las dos abrazaderas en el nudo, del simbólico y por lo tanto de lo imaginario, van juntas.

<sup>55</sup> J. Allouch, *Hola, ¿Lacan ? Claro que no*, traducción de Marcelo Pasternac y Nora Pasternac, Epeeel, México, 1998.

Interpretación e iluminación cubren el dominio del sentido. Al referirnos a la conferencia de Lacan en Roma, la que se llama “La tercera”<sup>56</sup>, podemos darnos cuenta que en el centro del nudo borromeo de tres cuerdas que Lacan presenta en ese momento, se encuentra inscripto el pequeño *a*, mientras que tres elementos aparecen en la periferia, sentido, goce fálico y goce del Otro. La excentricidad de estos tres elementos se escribe de manera diferente para cada uno: el sentido se sitúa sobre una playa trazada por el imaginario y el simbólico, el goce fálico en una playa trazada por el real y el simbólico, mientras que lo imaginario y el real sostienen el goce del Otro.

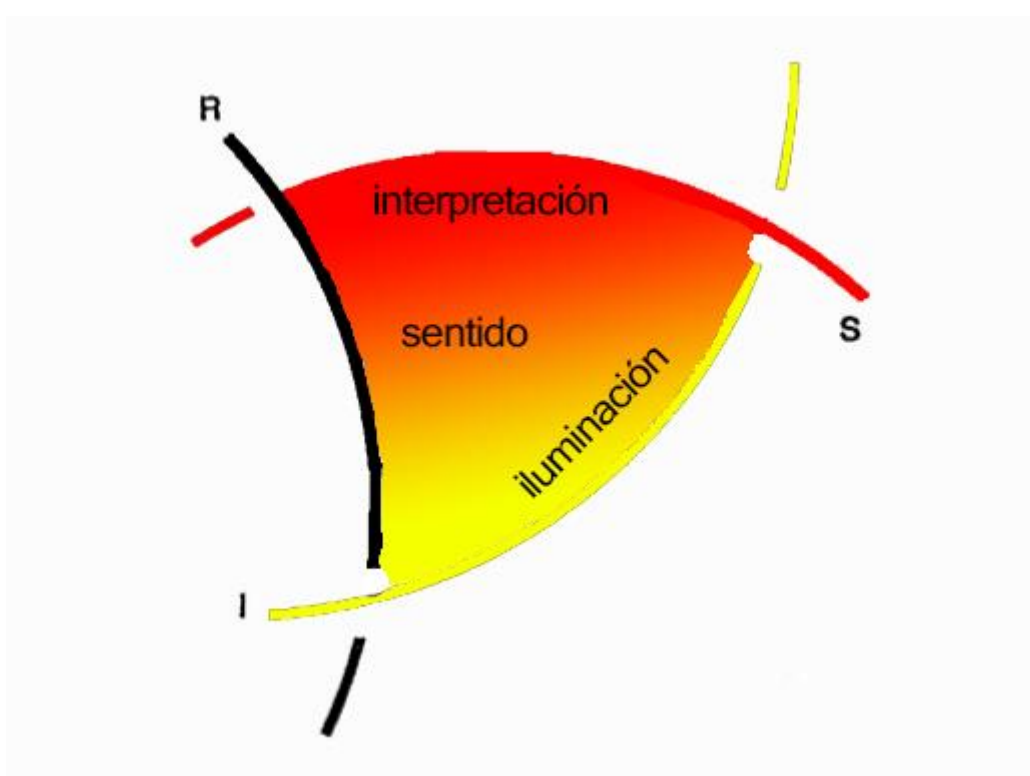


26

No hay elemento que venga a adjuntarse al binomio interpretación e iluminación para ternarizarlo, porque sobre cada una de esas playas, la tercera cuerda juega un rol diferente de los dos precedentes. En vista de lo que nos interesa ahora, a saber, el sentido, el real lo puede detener, eso que además, no presenta ningún sentido, pero no es en nada

<sup>56</sup> J. Lacan, “La tercera”, en *Intervenciones y textos 2*, traducción de Julieta Sucre, Luis Delmont y Diana Rabinovich, Manantial, Buenos Aires, 1988, pp. 103-108.

constitutivo. No es el caso de lo imaginario y del simbólico. Desde allí, interpretaciones e iluminaciones podrían ser inscriptas al interior de esta playa pero en dos lugares parcialmente diferenciados. Esta diferenciación sería obtenida coloreando esta playa con dos colores –rojo para la interpretación, amarillo para la iluminación–, cada uno de los dos colores degradándose progresivamente cuando se aproximan a la otra consistencia. Si el simbólico es rojo y el imaginario amarillo, tendremos, con este coloreado, tanto más rojo en tanto permanezcamos en la vecindad de la cuerda roja, y tanto más amarillo en la vecindad de la cuerda amarilla (así por ejemplo los *Wortwitze* serían a inscribir más cerca de la cuerda roja, y los *Gedankenwitze* más cerca de la cuerda amarilla; ¿dispondríamos así de un instrumento que nos permita clasificar de una forma ordenada las diferentes especies de chistes? No sería ese un magro resultado).



---

## Conclusión en perspectiva

Concluamos, como se debe, con una iluminación. En el deslumbrante primer capítulo de su *Historia de la locura*<sup>57</sup> Michel Foucault describe una división de la locura en dos experiencias. Esta división, que comienza con el Renacimiento, es una simple distinción, pero que el Renacimiento va a transformar en confrontación, luego en ejecución de una de las dos experiencias de la locura por la otra. Por un lado la locura entra en relación con la razón, es Erasmo, es Brant, es, sí, el Humanismo, será Pascal. Foucault llama elemento crítico este elemento de la partición cuyo vector principal se nombra como literatura, filosofía, teología (la locura de San Pablo, aquella de la Cruz, es sabiduría suprema). Este elemento crítico vence, constituyéndose así en la base de una asimilación de la locura en las redes de la razón (esto será la base de la experiencia psiquiátrica), aún si ésta se reivindica como poco razonable. ¿Qué se encuentra del otro lado? *El elemento trágico*, denominación hecha para indicar no un rechazo de lo cómico, sino una modalidad de la locura que se quiere “por entero en la noche del mundo”, radicalmente inasimilable por una razón, por más astuta, por más pronta para dejar el lastre y mantener el control. El vector de esta loca locura, de esta locura de visionarios será esencialmente pictórico; sus representantes serán nombrados Bosch, Brueghel, Durero, también otros, pero ¿qué manifiestan? Aquí, Foucault escribe: “*el silencio de las imágenes*”. Ciertamente de ese silencio nos llega un eco, a pesar de la partición, y Foucault cita aquí a Nietzsche, Van Gogh, Artaud, e igualmente a Freud. Quedan las excepciones, que testimonian en el campo de la sinrazón de la experiencia trágica de la locura en tanto se despliega “en el espacio de la pura visión”<sup>58</sup> no subvertida la gran partición entre locura y sinrazón.

“*Entre el verbo y la imagen, entre lo que es figurado por el lenguaje y lo que es dicho por la plástica, la bella unidad*”<sup>59</sup> permanece desanudada. Incluso si también el lenguaje

---

<sup>57</sup> Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, traducción de Juan José Utrilla, Fondo de cultura económica, México, 1990.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 21. La palabra “desanudar” se encuentra en Foucault. (*Ibid.*, p. 34).

simboliza y la imagen imaginariza, hay posibilidad de tener en cuenta lo que, como Foucault aquí escribe, el lenguaje figura, y la imagen dice; es toda la ambigüedad que transcribimos situando interpretación e iluminación en *la misma playa* del borromeo.

Pero, releyendo a Foucault una iluminación nos llega: ese nudo borromeo ¿no reconectaría, más allá de la toma de la locura por la sinrazón, con la experiencia trágica, visionaria, silenciosa, de la locura? Con su ternario luego de la problematización borromeana de sus tres dimensiones, ¿habría Lacan cuestionado la locura hasta el hecho de retomar, de su experiencia, eso que el Renacimiento había excluido haciendo triunfar la (sin)razón?